

POTESTÀ, ANDREA,
EL ORIGEN DEL SENTIDO. HUSSERL, HEIDEGGER,
DERRIDA,
SANTIAGO DE CHILE, METALES PESADOS, 2013,
267 PP.

Horacio Ezequiel NONES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO (ARGENTINA)

horacionones@hotmail.com

La obra que aquí presentamos retoma un viejo problema de la filosofía. Frente a la visión dinámica del “acontecer del sentido”, donde “...las cosas tienen sentido según un proceso ‘evenemencial’ (...), en que el origen del sentido no está en el valor fuera del mundo (...) sino (...) en una recíproca donación de acontecimiento experiencial y sentido situacional” (p. 18); se levanta la visión estática de un meta-sentido en que “...los hechos tienen una significación en la medida en que anteriormente se da una intención anímica...” (p. 17). El relato que Potestà traza, desde Platón a Wittgenstein explica la postura que diferencia el dualismo de estos filósofos (afuera-adentro; objeto-sujeto) de la tendencia deconstructivista actual como contramovimiento opuesto a la construcción sistemática. Deconstrucción no es destrucción, sino poner a la luz lo que la tradición ocultó y tapió (pp. 7-8). Para explicar este proceso, Potestà propone caminar a través de la Historia de la Filosofía. “El Origen del Sentido” resume entonces los aportes de Platón, Husserl, Heidegger y Derrida, sobre la cuestión.

Origen del Sentido es una explicación filosófica de la cotidianidad a la que nos enfrentamos. En la obra de Potestà juega como recurso retórico (y argumentativo) para mostrar la evolución de ambos términos desde Platón a Derrida, repasando someramente la filosofía medieval, el

racionalismo, el empirismo, el idealismo, etc. Esta evolución nos permite observar la perpetuación de la pregunta y la constante voluntad de desentrañar el origen y el sentido de las acciones humanas, como causa (origen) y como hacia dónde (sentido). La pregunta por el origen, en tanto limitada a la noción de causa, conduce al dualismo platónico (binomio idea-realidad) y, al decir de Heidegger, a un binomio “vivencia-manifestabilidad de la vivencia”. La oposición entre el ser y el fenómeno (dentro de una relación origen-manifestación), aparece en un nivel más originario en Heidegger. Como superación del dualismo platónico y husserliano, Heidegger abre la opción de un origen del sentido pre-lógico o “anterior a la aprehensión teórica” de la cosa, anterior a la estructura pragmática (p. 130) y superador de esa división: “¿qué se encuentra en el mundo antes que todo? No ‘cosas’ (...). Lo que se encuentra ‘inmediata y regularmente’ son pragmata, útiles, ‘cosas para’...” (p. 131). Aquí *pragmata* también es dificultad, problema, pero en un nivel pre-lógico. Ya Husserl, apelando a este sentido más inmediato de la relación de la cosa con el sujeto, había explicado que “...fenomenología es un proyecto teórico capaz de revelar el sentido práctico del aparecer de las cosas [o sea,] de su verdad como acontecimiento.” (p. 138).

Entender la manifestación del fenómeno en el círculo de la hermenéutica, es entender lo preguntante (el yo que se encuentra cada vez con el mundo útil; (p. 142), lo preguntado (la cotidianeidad que lleva a que el ser se torne auténtico, una vez que la incorpora para lograr, final y paradójicamente, desprenderse de ella) y “lo indecible”, que es el origen primero del sentido en Heidegger (y que llevó al autor alemán a dejar de escribir “Sein und Zeit” por carecer de palabras que lo ayudaran a expresarse) (p. 145). Hecho esto, se sale del dualismo idealista platónico hacia lo existencial del sentido en una verdadera “revolución genealógica” (p. 141). Pero Potestà no se queda allí en el análisis del aporte de Heidegger, sino que vuelve a intentar otro ataque al origen como “fundamento”. Y es que Heidegger -explica Potestà- traza el camino del retorno dualista a través de la poesía. La pregunta por el “origen del sentido” vuelve a tender a lo absoluto, como en Platón, como en Husserl. Heidegger reconoce en sus estudios sobre Hölderlin, un “lenguaje

originario”, que es capaz de hablar más allá de la palabra escrita (p. 154) y que penetra en un decir anterior a la enunciación. Se “agarra” el origen mediante la apelación al mito y se soluciona el problema de la metafísica en un origen indecible, pero óptico.

Es este el momento de la evolución del pensamiento que Derrida considera el “límite de la metafísica”, pues al apelar Heidegger a un lenguaje que pueda “salir a decir lo indecible” (p. 157) contradice su primera intención de renunciar a la ontología clásica, y la lleva a su última expresión. La paradoja que queda planteada en la diferenciación óptica-ontológica, empuja a Heidegger a pensar una forma de decir la diferencia del ser y el ente. Ésta diferencia la reduce entonces al “entre”, punto de partida de la postura derrideana de la “difference”. Heidegger alega que las palabras no le permiten ir “más allá” y su “paso atrás” en la apropiación del sentido es una apropiación del abandono del ser, apropiación de la ausencia del fundamento como fundamento. Esta postura es, para Derrida, una forma nueva de metafísica, porque el pensamiento metafísico no puede superarse. La pretensión de Husserl y Heidegger es vana, aunque Heidegger haya estado cerca de los límites del decir al analizar la poesía (p. 172) Lo que se debe superar es el fonocentrismo y, particularmente, el fonocentrismo del idioma propio de la metafísica, que no permite superarla sin caer en su lógica (p. 177).

Siguiendo a Derrida, resalta Potestà cómo el proceso de deconstrucción heideggeriano no llega a su punto óptimo, léase, la deconstrucción de la correlación entre logos (lo que el “eidos” -la imagen-dice) y voz (cómo lo dice). El “fonocentrismo” pone por encima el trazo escrito a la voz. Para superar esta barrera, desarticula la antecendencia metafísica del logos mediante la asignación del origen del sentido a un gesto de escritura que excede la voz. Con un juego idiomático, cambia “difference” por “différance” y logra una diferencia que no puede pronunciarse sino tan solo comprenderse en la distancia entre lo dicho y el querer decir, en el límite “entre” ambos que Heidegger quiso enfatizar. Logra Derrida la irreductibilidad de la diferencia, que ya no se encuentra “antes” del signo sino “en relación” con él.

El autor trata entonces de iluminar esta “ambigüedad constitutiva” que nos deja en una situación de abandono, en un “no origen”: es simplemente una relación diferencial de infinito reenvío de signo a significación, cerrando el camino de la metafísica. Este cierre es una clausura de la lógica de la superación de la metafísica, que pretende clausurar -también- su modo de practicar el sentido. Luego, si el signo es huella, un “algo” ausente que está en presencia, Ese “algo” se proyecta como una presencia pasada desde el presente actual en el cual está, si embargo, ausente. Por eso las cosas aparecen, para Derrida, como signos de una significación ausente. Se ve el signo que no reenvía jamás a un “uno” originario, que es inapropiable -dado que la diferencia no posee su propia esencia- sino que las cosas se presentan “como si” hubiera un origen fuera. Sin embargo, el único origen es la propia huella ante mí. Sin la huella no hay origen: la huella es lo que dándose a ver como derivado, es en realidad lo que está en lugar del original ausente (p. 200). Para concluir, decimos con Potestà que

Si en Platón está la esperanza de ganar contra el sofista, si en Husserl está la esperanza de agarrar la verdad de la vivencia, en Heidegger habría, según Derrida, la esperanza de decir la palabra última del ser que se retira a través de la presencia e identidad de la diferencia. ¿Y qué hay en cambio de Derrida? No hay nostalgia, no hay esperanza. Hay la comprensión de la ineluctable decepción del sentido. Se trata de darse cuenta del carácter contingente del fenómeno, y de la necesidad de suspender la búsqueda de su verdad (...) se trata, para Derrida, de realizar lo que él llama (...) una deconstrucción del sentido capaz de romper toda esperanza de agarrar o retener el sentido, y de devolver la atención a su funcionamiento, a la estructura de reenvío generalizado (...) [Es] la comprensión irónica de lo ineluctable, frente a lo cual (...) hay que hacerse cargo de (...) un no saber o de un no-poder racional (p. 204).

El autor es alumno avanzado de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.